Recuerdos de una librería[1]

CUANDO trabajé en una librería de viejo —tan fácil de imaginar, si uno no trabaja en una, como una especie de paraíso donde encantadores caballeros ancianos hojean eternamente entre en folio encuadernados en piel de becerro— lo que más me llamó la atención fue la escasez de las personas verdaderamente amantes de los libros. Nuestra tienda tenía un fondo excepcionalmente interesante y, sin embargo, dudo que siquiera un diez por ciento de nuestros clientes supiera distinguir un buen libro de uno malo. Los esnobs de las primeras ediciones eran mucho más habituales que los amantes de la literatura, pero aún más numerosos eran los estudiantes orientales que regateaban por libros de texto baratos, aunque los más numerosos que todos eran las mujeres de ideas vagas que buscaban regalos de cumpleaños para sus sobrinos.

1. Publicado en 1936.

Muchas de las personas que venían a visitarnos eran de esa clase que resultaría una molestia en cualquier lugar, pero que en una librería tienen una ocasión especial para manifestarse. Por ejemplo, la querida anciana que «quiere un libro para un inválido» (una petición muy habitual, por cierto), y la otra querida anciana que leyó un libro tan bonito en 1897 y se pregunta si podríamos encontrarle un ejemplar. Por desgracia, no recuerda el título ni el nombre del autor ni de qué trataba el libro, pero sí recuerda que tenía la cubierta roja.

Pero, aparte de estas personas, hay dos tipos conocidos de plaga que rondan toda librería de segunda mano. Uno es el individuo arruinado que huele a corteza de pan rancio, que aparece todos los días, a veces varias veces al día, e intenta venderte libros sin ningún valor. El otro es la persona que encarga grandes cantidades de libros por los que no tiene la menor intención de pagar. En nuestra tienda no vendíamos nada a crédito, pero apartábamos libros, o los encargábamos si era necesario, para quienes se comprometían a venir a recogerlos más tarde. Apenas la mitad de las personas que nos encargaban libros regresaban alguna vez.

Al principio aquello me desconcertaba. ¿Qué les llevaba a hacerlo? Entraban y exigían algún libro raro y caro, nos hacían prometer una y otra vez que se lo guar-

daríamos y después desaparecían para no volver jamás.

Pero muchos de ellos, naturalmente, eran paranoicos inconfundibles. Solían hablar de sí mismos con una grandiosidad exagerada y contaban las historias más ingeniosas para explicar cómo habían llegado a salir a la calle sin dinero —historias que, en muchos casos, estoy seguro de que ellos mismos se creían—. En una ciudad como Londres siempre hay abundantes locos que no llegan a ser declarados oficialmente como tales paseando por sus calles y tienden a gravitar hacia las librerías porque una librería es uno de los pocos lugares donde se puede permanecer mucho tiempo sin gastar dinero.

Al final, uno llega a conocer a estas personas casi de un primer vistazo. A pesar de toda su grandilocuencia, hay en ellos algo apolillado y sin rumbo. Muy a menudo, cuando tratábamos con un paranoico evidente, apartábamos los libros que había pedido y los devolvíamos a los estantes en cuanto se marchaba. Ninguno de ellos, observé, intentaba jamás llevarse libros sin pagarlos; simplemente encargarlos era suficiente: les proporcionaba, supongo, la ilusión de que estaban gastando dinero de verdad.

Como la mayoría de las librerías de lance, teníamos varias actividades complementarias. Vendíamos, por ejemplo, máquinas de escribir de segunda mano